

Tú no conoces las opiniones, las ideas, las teorías de una inglesita bien educada, á la cual no se le puede reprochar lo más mínimo, y que repite constantemente, á todas horas, las frases de un diccionario de la conversación, escrito para los colegios.

Recuerda *las sorpresas* del cotillón, esos paquetitos preciosos y dorados que guardan execrables confites. Yo tuve una en mi mano y rasgué la envoltura, quise probar lo que había dentro, y me desagradó tanto, que ahora se me revuelve el estómago sólo de ver á los ingleses.

¿Me habré casado con una cotorra, á la cual enseñara un poco de francés una institutriz inglesa?

.....
Divisábamos ya el puerto de Trouville, muy animado.

Yo dije:

—¿Dónde tienes á tu mujer?

Y me contestó:

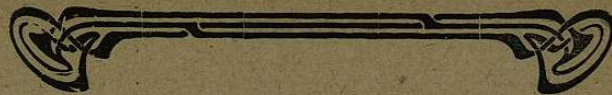
—La llevé á Etretat.

—Y tú, ¿qué proyectas?

—Distraerme un poco en Trouville.

Y después de un silencio añadió:

—No puedes imaginarte hasta qué punto resultan insoportables ciertas mujeres.



EN EL TREN

EL sol estaba próximo á ocultarse detrás de la cordillera, sobre la que se alzaba gigantesco el Puy de Dôme, y la sombra de las cumbres invadía el profundo valle de Royat.

Algunas personas circulaban por los jardines en torno del kiosco de la música. Otras permanecían aún sentadas, formando tertulias, á pesar de que la tarde iba siendo fría.

En uno de los grupos discutíase animadamente un importante asunto que preocupaba de veras á la señora de Sarcagnes, á la señora de Vaulacelles y á la señora de Bridoie. Se aproximaban la vacaciones y había que sacar á los niños de los colegios de Jesuitas y Dominicos donde se educaban.

Y no entrando en los cálculos de aquellas madres tomar el tren para ir en busca de sus descendientes, discurrían acerca de lo dificultoso de tan delicada misión, no sabiendo á quién pudieran confiársela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1040 1625 MONTERREY, MEXICO

Era en los últimos días de Julio y París ya estaba casi despoblado. No sería fácil hallar un mensajero que las inspirase toda la confianza por ellas apetecida.

Aumentaba sus zozobras un suceso indecoroso que había sido pocos días antes causa de un escándalo en el ferrocarril. Y la señora de Sarcagnes, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie, llegaron á suponer que todas las *tunantas* de la capital pasaban su vida en los rápidos, entre aquella región de veraneo y París. Además, un periódico tan bien informado en estos asuntos como *El Gil Blas*—y esto lo advertía el señor de Bridoie—notificaba la presencia en Vichy, en Mont-Doré y en la Bourboule, de todas las *horizontales* conocidas y por conocer. Para que se hallaran en esos puntos, era indispensable que hubieran ido en el tren; y en el tren volverían seguramente; aún más: no dejarían de ir y venir á todas horas. Resultaba de tales afirmaciones un acarreo continuo de mujeres galantes, en la maldita línea férrea. Y aquellas mamás de colegiales dolíanse amargamente de que no se prohibiera viajar en ferrocarril á las impuras, por lo menos en ciertas épocas.

Rogelio de Sarcagnes tenía quince años, Gontrán de Vaulacelles trece y Gastón de Bridoie once. ¿Cómo exponerles á que tropezaran con una perdida, ó con dos, pasando algunas horas en contac-

to con ellas, en el mismo departamento de un vagón, y enterándose de las abominaciones que las dirían sus acompañantes, porque sin duda no irían solas?

El peligro tomaba proporciones abrumadoras, cuando acertó á pasar la señora de Martinsec, la cual se detuvo para saludar á sus amigas, y ellas la enteraron de sus preocupaciones, de sus angustias.

—No hay motivo para lamentarse—afirmó la señora de Martinsec—. La educación de mi Rodolfo no se resentirá mucho por apartarle de su preceptor durante un par de días. El *Padre* puede ir á buscar esas criaturas.

Y quedó acordado que á fines de la semana próxima, el padre Lecuir, clérigo joven y de bastante cultura, preceptor de Rodolfo de Martinsec, haría un viaje á París en busca de los tres colegiales.

El señor cura se puso en marcha el viernes. El domingo por la mañana, después de recoger en sus colegios de París á los tres mozalbetes, hallábase con ellos en la estación para regresar en el expreso de las ocho, nuevo rápido especial establecido pocos días antes á petición de los bañistas.

Iba y venía, de un extremo al otro del andén, seguido por los tres colegiales, buscando un departamento—si no vacío, al menos ocupado por señores de aspecto respetable—, deseoso de atender á

todas las advertencias que le habían hecho la señora de Sarcagnes, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie.

Vió á una pareja de nobles ancianos—ella con toda la cabeza blanca, él ostentando las insignias de la Legión de Honor—, despidiéndose de una señora instalada ya en un vagón. Por sus modales y su porte aparentaban ser personas muy distinguidas.



«Ya tengo cuanto me hace falta», pensó el cura; y precedido por los tres mozaibetes, instaláronse todos en aquel departamento.

La noble anciana decía:

—Cúidate, cúidate mucho.

La viajera contestaba.

—Sí, mamá; no te preocupes.

—En cuanto sientas algo, avisa inmediatamente al médico.

—Sí, sí, mamá.

—Vamos; adiós, hija mía.

Se besaron muchas veces; la joven dijo:

—Adiós, mamá.

Un empleado cerró la portezuela y el tren se puso en marcha.

No había entrado ningún otro viajero; el sacerdote, complacido, felicitándose por su resolución acertada, comenzó á sondear con preguntas el carácter y la inteligencia de los tres colegiales que serían sus alumnos durante las vacaciones—porque así lo había dispuesto la señora de Martinsec en obsequio á sus amigas.

Roger de Sarcagnes, el mayor de los tres, era un mocito espigado, cuya naturaleza daba un estirón violento, enflaqueciéndole y casi desarticulándole. Hablaba con lentitud é ingenuidad.

Gontrán de Vaulacelles, al contrario, se había estacionado: era rechoncho, fornido, travieso, cazurro y guasón. Se burlaba de todo el mundo. Tenía ocurrencias felices, impropias de su edad, y réplicas de doble sentido, que preocupaban á sus padres.

El menor de los tres, Gastón de Bridoie, no era ni alto ni bajo, ni fuerte ni flojo, ni guapo ni feo; no mostraba ninguna inclinación mala ni buena. Era un animalito semejante á su papá en todo.

El sacerdote les advirtió que durante los dos meses de veraneo dirigiría sus estudios, endilgándoles un discursito bien pergeñado acerca de las ocupaciones que les impondría, de cómo pensaba tratarlos y de sus procedimientos, para que fuese lo más provechosa posible su enseñanza.

Era un preceptor de mucha rectitud, un hombre de buena voluntad, aunque de sobra sistemático y ampuloso.

Interrumpió su perorata un profundo suspiro escapado á la viajera. El sacerdote la miró bondadosamente; la señora permanecía inmóvil en su rincón, erguida, con los ojos muy abiertos y las mejillas algo pálidas. El sacerdote volvió á ocuparse de sus futuros discípulos.

El tren, avanzando á toda máquina, cruzaba sembrados y bosques, pasaba puentes y túneles, y con su trepidación violenta estremecía el rosario de vagones llenos de personas.

Gontrán de Vaulacelles preguntó al padre Lacuir si había playa en Royat. ¿Pescarían? ¿Montarían á caballo? Impacientábase por saber qué diversiones podía prometerse.

De pronto, la señora lanzó un grito agudo y prolongado, un grito doloroso.

Inquieto, el sacerdote le preguntó:

—¿Se halla usted indispuesta, señora?

Ella quiso disimular, disculparse:

—No; no es nada, señor cura; nada... Un dolorcito... Pasaré... Estoy algo enferma... y el traqueteo del tren me fatiga.

Su rostro se había desencajado.

El sacerdote insistió:

—Si yo pudiera servirla de algo, señora...

—Gracias, muchas gracias... No hay más que tener paciencia... De todos modos, agradezco su atención.

El sacerdote volvió á dirigirse á los colegiales, instruyéndoles en los métodos que pensaba emplear en sus lecciones futuras.

Pasaban las horas. El tren se detenía de cuando en cuando, volviendo á proseguir su marcha.

La señora, en su rincón, parecía dormir, quieta, desmadejada. Ya era más de media tarde y no había probado alimento. El sacerdote pensaba: «Debe sentirse mal; estará enferma.»

Faltaban dos horas para llegar á Clermont-Ferrant, cuando la viajera comenzó de pronto á gemir; se deslizaba del asiento, apoyándose ya sólo en la rigidez de los brazos, y con los ojos extraviados, las facciones crispadas, repetía: «¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

El sacerdote se acercó á ella:

—Señora... Señora... Señora... ¿qué la ocurre?

—Me temo... ¡Ah!... Me temo que voy... á dar... á luz.

Y no pudiendo ya refrenarse, lanzaba terribles gritos, que se convirtieron pronto en un clamor interminable, desconsolado, que parecía desgarrar su garganta; un clamor agudo, espantoso, cuya tonalidad siniestra revelaba las angustias de su alma y la tortura de su cuerpo.

El pobre sacerdote, aturdido, confuso, de pie ante la señora, no sabiendo qué hacer, qué decir, ni qué intentar, murmuraba:

— ¡Dios mío! ¡Si yo supiera!... ¡Dios mío! ¡Si yo supiera!

Estaba ruborizado hasta los ojos; y los tres colegas contemplaban entre curiosos y asombrados á la señora, que desfallecía dando alaridos.

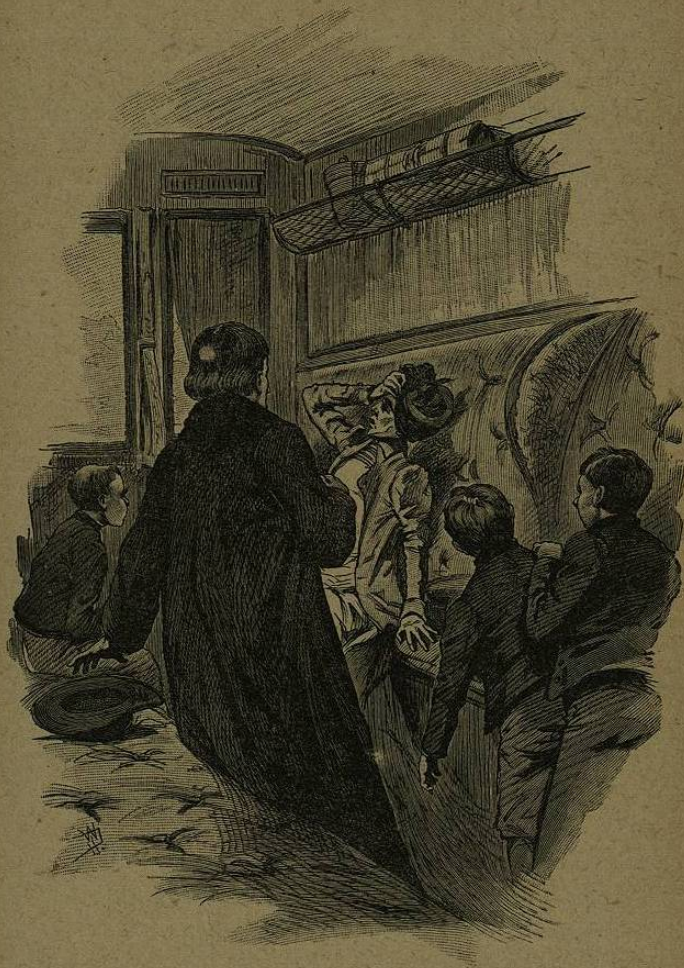
De pronto, la viajera se retorció, alzando los brazos, y sus caderas y su vientre se agitaron con una sacudida extraña, una convulsión que se apoderó de todo su cuerpo.

El sacerdote, angustiado, temiendo que la pobre señora muriera por falta de auxilio, á pesar de su ignorancia completa en aquellos trances, ofrecióse resueltamente á servirla.

— Señora: yo desconozco en absoluto... pero, acaso podré ayudarla... Estoy obligado á ello... á socorrer á todos los que sufren.

Y encarándose con los tres mozalbetes, dijo:

— Asómense á las ventanillas, contemplando el paisaje hasta que yo les avise, y el que vuelva la



cabeza sin mi consentimiento, copiará mil veces una frase de Virgilio.

Bajó los tres cristales, y cuando estuvieron asomadas las tres cabezas, bajó hasta los tres pescuezos las cortinillas azules, mientras añadía:

—Al que haga siquiera un movimiento, no le llevaré á ninguna excursión de las muchas que proyecto para divertir las vacaciones. Y tengan presente que no valen arrepentimientos conmigo. Jamás perdono.

Arremangándose, acercóse de nuevo á la viajera.

.....
Sollozos ó alaridos, alternándose, no cesaban. El sacerdote, sofocado, arrebolado, asistíala, exhortábala, reconfortábala, mirando con frecuencia de reojo á sus futuros discípulos, que se agitaban impacientes, muy preocupados por las funciones misteriosas que su nuevo preceptor ejercía.

—Señor de Vaulacelles: copiará usted veinte veces, conjugado, el verbo *desobedecer*—gritaba el cura.

—Señor de Bridoie: durante un mes no tomará usted postre.

*
* *

De repente cesaron los alaridos y sollozos de la viajera, y á poco se oyó un *guá-guá* insistente y sobresaltado, la protesta inútil de las criaturas

que asoman á la vida. Los tres colegiales, no pudiendo ya reprimirse, volvieron la cabeza.

El cura tenía entre las manos un recién nacido, y lo miraba con asombro, mostrándose á la vez gozoso y desolado, con ganas de reír y de llorar á un tiempo. Su fisonomía expresaba diversas y confusas emociones, variando á cada instante la expresión de sus ojos, de su boca, de sus mejillas, como si de pronto hubiera perdido el juicio.

En el tono que hubiera empleado si anunciase á sus discípulos una trascendental noticia, exclamó:

—Es niño.

Y después de un silencio, entregándose á su acostumbrada verbosidad, comenzó á disponer:

—Señor de Sarcagne, alcánceme la botella de agua que dejamos en la rejilla. Bien. Descórchela en seguida. Muy bien. Echeme unas gotas en la mano; sólo unas gotas. Perfectamente.

Y humedeciendo la cabeza de la criatura recién nacida, rezó:

—Yo te bautizo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

El tren acababa de llegar á Clermont. La señora de Bridoie, que aguardaba en el andén, acercóse á la portezuela; y el sacerdote, completamente loco ya, presentándole con los brazos tendidos, aque-

lla larva humana, el fruto recién cogido, murmuró:

—Una señora que viene aquí nos ha dado esta sorpresa en el viaje.

Con la frente sudorosa, los cabellos en desorden, el cuello desabrochado y la sotana sucia, con el aspecto de un hombre que acabara de recoger la criatura en un albañal, se apresuró á decir con insistencia:

—No han visto nada, nada, nada; puedo asegurarlo. No les quitaba ojo y les había ordenado que desde las ventanillas contemplaran el paisaje. No han visto nada, nada; estoy seguro.

Salieron cuatro niños del vagón donde sólo entraron algunas horas antes los tres que fué á buscar el sacerdote, mientras la señora de Sarcagne, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie, se



miraban sorprendidas no sabiendo qué decir ni qué actitud adoptar en presencia de aquel desastre que sobrecogía su espíritu.

Por la noche, para celebrar la llegada de los colegiales, comieron juntas las tres familias. La conversación era muy lánguida: los padres, las madres, y hasta los niños, parecían preocupados.

Gastón de Bridoie, lanzó de pronto esta pregunta:

—Di, mamá, ¿de dónde ha sacado aquel niño el señor cura?

La madre, no sabiendo cómo responder, dijo, evadiéndose:

—Come y no hagas preguntas; no se hacen preguntas en la mesa.

Gastón estuvo callado unos instantes, pero luego insistió:

—En el coche, sólo venía una señora con dolores de barriga, que se quejaba mucho. La señora no llevaba ningún chiquillo. Son juegos de manos; como hacen esos prestidigitadores que sacan una pecera con peces de un pañuelo donde no había nada. El señor cura también sabe hacer juegos de manos.

—Cállate y no te preocupes con lo que no entiendes. Los niños los envía Dios.

—Pero aquel niño, ¿por dónde se metió en el coche?, ¿por una ventanilla?

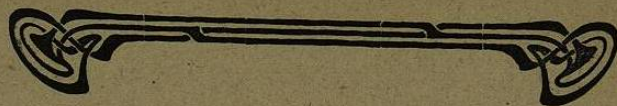
La señora de Bridoie se intranquilizaba:

—Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.

—Pero, mamá, si en los coches del ferrocarril no hay hongos.

Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que sonreía maliciosamente, dijo:

—Claro que habría un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.



SOLEDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VARIOS camaradas habíamos comido juntos, bien y alegremente. De sobremesa, un compañero de mi ya lejana vida estudiantil me propuso:

—¿Quieres que nos vayamos á pie, siguiendo la avenida de los Campos Eliseos?

Accedí gustoso. Ibamos despacio. Sólo se oía el rumor confuso y continuo de la populosa ciudad. Un aire fresco nos azotaba el rostro. El cielo aparecía sembrado con abundancia de granos de oro. Retoñaban los árboles con el verdor fresco de las hojas nuevas.

Mi compañero dijo:

—No puedo explicarme la razón, pero de noche, respiro aquí mejor que en parte alguna. Me parece que mi espíritu se baña en una claridad reveladora, y de pronto me creo abocado á descubrir el divino secreto de la existencia. Mi esperanza se man-